

continente, que hoy remueve un nuevo soplo de vida, al aparecer ciertos fenómenos se entrevé la formación augusta y misteriosa del porvenir. Puede decirse que así como la luz se compone de siete colores, la civilización se compone de siete pueblos. De estos pueblos, tres, la Grecia, la Italia y la España, representan el Mediodía; tres, la Inglaterra, la Alemania y la Rusia, representan el Norte; el séptimo ó el primero, la Francia, es á la vez Norte y Sur, céltica y latina, gótica y griega. Este país debe á su cielo esta casualidad sublime, el cruzamiento de los dos rayos, que es como si dijéramos la unión de las dos manos, esto es, la paz. Tal es el privilegio de

Francia; es á la vez solar y estrellada; tiene en su cielo tanta aurora como el Oriente y tantos astros como el Septentrion. Algunas veces su luz se levanta en las tinieblas y brilla su resplandor en la noche negra de las revoluciones y de las guerras: entonces sus auroras son boreales.

Un día, quizá no lejano, las siete naciones que reasumen la humanidad se aliarán y se fundirán, como los siete colores del prisma, en un radiante arco celeste; el prodigio de la paz aparecerá eterno y visible sobre la civilización, y el mundo contemplará deslumbrado el inmenso arco iris de los pueblos unidos de Europa.

FIN DE LA HISTORIA DE UN CRÍMEN.

DRAMAS



# CROMWELL

## DRAMA EN CINCO ACTOS

---

A mi padre.

V. H.

1827.

### PREFACIO

---

**E**L drama que damos á luz no lleva en sí nada que lo recomiende á la atención y á la benevolencia del público; no tiene, para atraer sobre él el interés de los hombres políticos, la ventaja del *veto* de la censura administrativa, ni para inspirar simpatía literaria á los hombres de buen gusto, el honor de que lo haya rechazado oficialmente el infalible comité de lectura. Se presenta ante el público solo, pobre y desnudo, como el enfermo del Evangelio, *solus pauper nudus*.

Después de titubear mucho tiempo, el autor del drama se decidió á recargarle con notas y con prólogos, y ambas cosas son ordinariamente indiferentes para los

lectores. Estos se enteran más del talento del escritor que de su modo de ver, y sea la obra mala ó buena, no les importa sobre qué ideas se asienta ni en qué capacidad ha germinado. Nadie visita los sótanos de un edificio después que ha recorrido las salas, y el que come la fruta del árbol no se acuerda de sus raíces.

Por otra parte, las notas y los prefacios son algunas veces un medio cómodo de aumentar el peso de un libro y de aumentar, al menos en la apariencia, la importancia de un trabajo; táctica es esta semejante á la de los generales, que, para que sea más imponente su frente de batalla, ponen en línea hasta los bagajes. Después, mientras que los críticos

se encarnizan con el prefacio y los eruditos con las notas, puede suceder que hasta la misma obra se les escape y pase intacta á través de los fuegos cruzados, como un ejército que se libra de un mal paso, huyendo entre los combatientes de la vanguardia y de la retaguardia.

Estos motivos, aunque son dignos de consideracion, no son los que al autor han decidido. No tenia necesidad de hinchar este volumen, que ya de por sí es demasiado grueso. Además, el autor, no sabe por qué, ha notado que sus prólogos, francos é ingenuos, más que le han protegido contra los críticos, le han servido para comprometerle. En vez de servirle de buenos y de fieles escudos, le han jugado la mala pasada que suelen hacer los trajes extraños, esto es, que señalan en la batalla al soldado que los lleva, y que en vez de servirle de defensa, le atraen todos los tiros.

Consideraciones de otro orden han influido también sobre el autor. Cree que, si efectivamente no se visita por placer los sótanos de un edificio, algunas veces se tiene curiosidad de examinar los cimientos, por lo que se entrega otra vez con un prefacio á la cólera de los folletínistas. *Che sara, sara.* Nunca se ha cuidado gran cosa del éxito de sus obras y no le asustó nunca el *qué dirán* literario. En la flagrante discusion en que se empeñan en el teatro y en la escuela el público y los académicos, quizá se oiga con algun interés la voz de un solitario aprendiz de la naturaleza y de la verdad, que se ha retirado muy joven del mundo literario por amor á las letras, y que aporta á él buena fé á falta de buen gusto, convicción á falta de talento y estudios literarios á falta de ciencia.

El autor se limitará á exponer consideraciones generales sobre el arte, sin la idea de querer construir una fortaleza para su propia obra y sin pleitear en favor ni en contra de nadie. El ataque y la defensa de su libro es menos importante para él que para cualquiera otro; es poco afecto á las luchas personales, pues siempre ofrece espectáculo miserable ver que se alborota el amor propio de los combatientes. Protesta, pues, de antemano contra cualquiera interpretacion que se dé á sus ideas y contra cualquiera aplicacion que se haga de sus palabras, diciendo como el fabulista español:

*Quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.*

Debe el autor confesar, sin embargo, que algunos de los principales campeones de las "sanas doctrinas literarias," le han dispensado el honor de arrojarle el guante, á él, casi desconocido, simple é imperceptible espectador de la curiosa pelea, que no tiene la fatuidad de querer decidir. En las páginas siguientes se leerán las objeciones que les opone; éstas son su honda y su piedra: los que quieren, que se las arrojen á la cabeza de los Goliats clásicos.

Dicho esto, pasemos adelante.

Debemos partir de un hecho. La misma naturaleza de civilizacion, ó para emplear una expresion más exacta aunque más extensa, la misma sociedad no ha ocupado siempre el mundo. El género humano en conjunto ha crecido, se ha desarrollado y se ha madurado como nosotros. Desde niño pasó á ser hombre, y nosotros presenciamos ahora su impotente vejez. Antes de la época que la sociedad moderna llama antigua, existió otra era, que los antiguos llamaban fabulosa, y que sería más exacto llamar primitiva. Hé aquí, pues, tres edades sucesivas en la civilizacion, desde su origen hasta nuestros días. Como la poesía se superpone siempre á la sociedad, probaremos á desempeñar, segun la forma de ésta, cuál ha debido ser el carácter de aquella en las tres grandes edades del mundo: los tiempos primitivos, los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

En los tiempos primitivos, cuando el hombre se despierta en un mundo que acaba de nacer, la poesía se despierta con él. En presencia de las maravillas que le deslumbran y que le embriagan, su primera palabra es un himno. Está tan cerca aun de Dios, que todas sus meditaciones son himnos y todos sus sueños visiones. En su efusion, canta como respira. Su lira no tiene más que tres cuerdas: Dios, el alma y la creacion; pero este triple misterio lo envuelve todo, esa triple idea todo lo abarca. La tierra está todavía casi desierta. Existen en ella familias, pero no pueblos; padres, pero no reyes. Cada raza existe tranquilamente, sin propiedad, sin ley, sin rozamientos y sin guerras. Todo es de cada uno y de todos. La sociedad es una comunidad y nada molesta al hombre, que vegeta en la vida pastoral y nómada por la que empiezan todas las civilizaciones, y que es propicia á las contemplaciones solitarias y á las caprichosas fantasías. Su pensamiento, como su vida, es seme-

jante á la nube que cambia de forma y de camino, segun el viento que la arrastra. Hé aquí el primer hombre, hé aquí el primer poeta. Es joven y lírico; su ple-garia condensa su religion y la oda es toda su poesía.

La oda de los tiempos primitivos es el Génesis.

Poco á poco la adolescencia del mundo desaparece. Todas las esferas se agrandan; la familia se convierte en tribu y la tribu se convierte en nacion. Cada uno de estos grupos de hombres se agrupa alrededor de un centro comun y nacen los reinos. El instinto social sucede al instinto nómada. El campo abre paso á la ciudad, la tienda al palacio, el arco al templo. Los jefes de los Estados nacentes son aun pastores, pero pastores de pueblos; su cayado pastoril tiene ya la forma de cetro. Todo se pára y se fija. La religion adquiere una forma, los ritos reglamentan la oracion y el dogma viene á encuadrarse en el culto. De este modo el sacerdote y el rey se dividen la maternidad del pueblo; de este modo á la comunidad patriarcal sucede la sociedad teocrática.

Entre tanto las naciones comienzan á estar demasiado prietas en el globo y se molestan y se magullan; de esto provienen los choques de los imperios y la guerra. Se desbordan las unas sobre las otras, y esto hace necesarios los viajes y las emigraciones de los pueblos. La poesía refleja esos grandes acontecimientos; de las ideas pasa á los sucesos, y canta los siglos, los pueblos y los imperios, y convirtiéndose en épica, dá á luz á Homero.

Homero, en efecto, domina á la sociedad antigua. En aquella sociedad todo es sencillo, todo es épico. La poesía es religion, la religion es ley. A la virginidad de la primera edad sucede la castidad de la segunda. Todo lo impregna una especie de gravedad solemne, así en las costumbres domésticas como en las costumbres públicas. Los pueblos solo han conservado de la vida errante el respeto al extranjero y al viajero. La familia tiene una patria á la que todo se liga; profesa el culto del hogar y el culto de la tumba.

Volvemos á repetir que la expresion de semejante civilizacion solo puede ser la epopeya. La epopeya tomará en ella muchas formas, pero jamás perderá su carácter. Píndaro es más sacerdote que patriarcal, más épico que lírico. Si los analistas contemporáneos, necesarios en

esa segunda edad del mundo, recogen las tradiciones de aquellos siglos, no pueden conseguir que la cronología se desprenda de la poesía; la historia, para ellos, continúa siendo epopeya. Herodoto es un Homero.

Sobre todo en la tragedia antigua, la epopeya resalta por todas partes. Sube á la escena griega sin perder en cierto modo sus proporciones gigantescas y desmesuradas. Los personajes de sus tragedias son todavía héroes, semidioses y dioses; sus resortes consisten en sueños, en oráculos y en fatalidades; sus cuadros en enumeraciones, en funerales y en combates; los actores declaman lo que cantan los rapsodas. Más aun; cuando la accion completa y todo el espectáculo épico ha pasado en la escena, lo que queda, el coro lo toma. El coro comenta la tragedia, infunde valor á los héroes, hace descripciones, llama á la luz del día, se lamenta, explica el sentido moral de lo que se propone el autor y adula al público que le escucha. El coro es, pues, el caprichoso personaje colocado entre el espectáculo y el espectador, es el poeta completando su epopeya.

El teatro de los antiguos era como su drama, grandioso, pontifical, épico. Podía contener treinta mil espectadores, porque las representaciones se hacian al aire libre, á la luz del sol, y duraban todo el día. Los actores ahuecaban y fingian la voz, se ponian mascarilla y hacian crecer su estatura. Querian ser gigantes como los papeles que desempeñaban. La escena era inmensa, y podian representar á la vez el interior y el exterior de un templo, de un palacio, de un campamento, de una ciudad. En ella se desarrollaban vastos espectáculos: ya representaban á Prometeo sobre la montaña, ya á Antígona buscando desde lo alto de la torre á su hermano Polynice en el ejército enemigo, ya á Evadné arrojándose desde lo alto de una roca á las llamas de la hoguera donde quema el cuerpo de Capanée (de Eurípides), ya un bajel que llega al puerto y que desembarca en la escena cincuenta princesas con su comitiva (de Esquilo). En aquella época la arquitectura y la poesía tienen carácter monumental; la antigüedad no tiene nada tan solemne ni tan majestuoso, y mezcla en el teatro su culto y su historia. Sus primeros comediantes son sacerdotes, y sus juegos escénicos ceremonias religiosas, fiestas nacionales.

Haremos la última observacion para

marcar bien el carácter épico de aquellos tiempos, que consiste en decir que la tragedia antigua, así por los asuntos que trata como por las formas que adopta, no hace más que repetir la epopeya. Los trágicos antiguos se ocupan en detallar á Homero, conciben las mismas fábulas, las mismas catástrofes y los mismos héroes. Todos se abrevan del río homérico. Siempre se ocupan de la Iliada y de la Odisea. Como Aquiles, que arrastra á Héctor, la tragedia griega dá vueltas alrededor de Troya. Poco á poco la edad de la epopeya llega á su fin. Así como la sociedad que ella representa, la poesía se gasta afianzándose sobre sí misma. Roma se calca sobre la Grecia y Virgilio copia á Homero, y para morir dignamente, la poesía épica espira de su último parto.

Habia sonado su hora. Iba á empezar una nueva era para el mundo y para la poesía.

La religion espiritualista, que suplantó al paganismo material y exterior, deslizándose en el corazón de la sociedad antigua, la mata, y en el cadáver de una civilización decrepita deposita el germen de la civilización moderna. Esta religion es completa, porque es verdadera; entre el dogma y el culto sella profundamente la moral. Desde luego, como primeras verdades, enseña al hombre que existen dos vidas, una pasajera y otra inmortal, una en la tierra y otra en el cielo. Enseña al hombre que es doble, como su destino; que se encierran en él un animal y una inteligencia, una alma y un cuerpo; que él es el punto de intersección, el anillo común de dos cadenas de seres que abarcan la creación, desde la serie de seres materiales hasta la serie de seres incorpóreos, cuya primera serie empieza en la piedra y llega hasta el hombre, y cuya segunda serie, partiendo del hombre, acaba en Dios. Quizás comprendieron una parte de esas virtudes algunos sabios de la antigüedad, pero desde el Evangelio data su plena y luminosa revelación. Las escuelas paganas caminaban á tientas en la oscuridad de la noche, asiéndose de las mentiras como de las verdades en el camino que seguían á la ventura. Algunos de dichos filósofos lanzaban á veces sobre los objetos débiles claridades, que solo los iluminaban por una parte y solo servían para oscurecer más la otra. De esto provinieron los fantasmas que creó la filosofía antigua. Solo era capaz la sabiduría divina

de sustituir por una claridad igual y vasta las iluminaciones vacilantes de la sabiduría humana. Pitágoras, Epicuro, Sócrates y Platon son antorchas, pero Jesucristo es la luz del día.

Por otra parte, nada hay tan material como la teogonía antigua. Lejos de pensar, como el cristianismo, en separar el espíritu del cuerpo, dá forma y fisonomía á todo, hasta las esencias y las inteligencias. Todo en ella es visible, palpable y carnal. Sus dioses necesitan que una nube los oculte á los ojos humanos. Beben, comen y duermen: puede herírseles y su sangre se derrama; puede estropeárseles y cojean eternamente. Esa religion tiene dioses y semidioses. Su rayo se forja en una fragua, en la que se hace entrar, entre otros ingredientes, *tres imbris forti radios*. Su Júpiter suspende el mundo de una cadena de oro; su sol sube en un carro tirado por cuatro caballos; su infierno es un precipicio que su geografía pone en la boca en el globo; su cielo es una montaña.

De este modo el paganismo, que petrifica todas sus creaciones formadas de la misma arcilla, empujeña la divinidad y engrandece al hombre. Los héroes de Homero tienen tanta talla como sus dioses. Ajax desafía á Júpiter; Aquiles vale tanto como Marte. Acabamos de ver cómo el cristianismo, por el contrario, separa profundamente el espíritu de la materia, estableciendo un abismo entre el alma y el cuerpo y otro abismo entre el hombre y Dios.

En dicha época, para no omitir ningún rasgo del bosquejo que estamos trazando, debemos notar que con el cristianismo y por su influencia se introdujo en el espíritu de los pueblos un sentimiento nuevo, desconocido de los antiguos y singularmente desarrollado en los modernos; un sentimiento que es más que la gravedad y menos que la tristeza: la melancolía. El corazón del hombre, entorpecido hasta entonces por los cultos gerárquicos y sacerdotales, no tenía por qué despertar y encontrar en él el germen de una facultad inesperada al sentir el soplo de una religion humana, porque es divina; de una religion que convierte la plegaria del pobre en riqueza del rico; de una religion de igualdad, de libertad y de caridad. ¿Podía dejar de ver las cosas bajo nuevo aspecto desde que el Evangelio le hizo ver que existe el alma al través de los sentidos y la eternidad detrás de la vida?

Por otra parte, en aquel momento el

mundo sufrió tan profunda revolucion que revolucionó á los espíritus. Hasta entonces las catástrofes de los imperios raras veces llegaban hasta el corazón de las poblaciones; solo las sufrían los reyes que caían y las majestades que pasaban. El rayo solo estallaba en las altas regiones, y los acontecimientos se desarrollaban con toda la solemnidad de la epopeya: en la sociedad antigua, el individuo estaba colocado tan bajo, que para que le hirieran los trastornos necesitaba que la adversidad descendiese hasta su familia; de tal modo, que él no conocía el infortunio, fuera de los dolores domésticos. Raras veces las desgracias generales del Estado desarreglaban su vida. Pero en cuanto se estableció la sociedad cristiana, trastornó el antiguo continente, removiéndole hasta sus raíces. Los acontecimientos encargados de destruir la antigua Europa y de reedificar la nueva se chocaban, se precipitaban sin tregua y se arrojaban las naciones atropelladamente, unas hácia la luz y otras hácia la oscuridad. Moviése tal estrépito en la tierra, que fué imposible que algo del tumulto universal no llegara hasta el corazón de los pueblos. Aquello, más que un eco, fué un contragolpe. El hombre, replegándose en sí mismo al presenciar tan enormes vicisitudes, comenzó á padecer á la humanidad y á comprender las amargas irrisiones de la vida. De este sentimiento, que condujo á la desesperación á Catón el pagano, el cristianismo hizo nacer la melancolía.

Al mismo tiempo nació el espíritu de exámen y de curiosidad, porque las grandes catástrofes eran al mismo tiempo grandes espectáculos de dolorosas peripecias. Entonces fué cuando el Norte se lanzó sobre el Mediodía, el universo romano cambió de forma y se experimentaron las últimas convulsiones de un mundo que agonizaba. Desde que murió ese mundo, bandadas de retóricos, de gramáticos y de sofistas abatieron su vuelo como mosquitos sobre el inmenso cadáver, y se les vió pulular y se les oyó zumbir en aquel foco de putrefacción. Acudieron á examinar, á comentar y á discutir. Cada miembro, cada músculo, cada fibra del cuerpo yacente fué examinado en todos los sentidos. Debieron sentir verdadera alegría los anatomistas del pensamiento, de poder desde sus primeros ensayos hacer experimentos en gran escala y de tener por objeto disecar una sociedad muerta.

De este modo vemos apuntar á la vez, y dándose la mano, al génio de la melancolía y de la meditacion y al demonio del análisis y de la controversia. Al uno de los extremos de esta era de transición está Longino y al otro San Agustín. No hay que despreciar dicha época, que encerraba en gérmenes todo lo que despues ha dado frutos; no hay que despreciar ese tiempo, en el que los escritores han abonado la tierra para que produjera la cosecha mucho más tarde. La Edad Media está ingertada en el Bajo Imperio.

Estableciendo la nueva religion una sociedad nueva, veremos también crecer bajo esta doble base una poesía nueva. Hasta entonces, obrando en esto como el politeísmo y la filosofía antigua, la musa puramente épica de los antiguos solo había estudiado la naturaleza por una sola cara, rechazando sin compasión de los dominios del arte todo lo que en el mundo, sometido á su imitación, no se relacionase con cierto tipo de lo bello. Tipo que desde luego fué magnífico, pero que le sucedió lo que le sucede á todo lo que es sistemático; en sus últimos tiempos degeneró en falso, mezquino y convencional. El cristianismo dirigió la poesía hácia la verdad. Como él, la musa moderna lo verá todo desde un punto de vista más elevado y más vasto; comprenderá que todo en la creación no es humanamente bello, que lo feo existe á su lado, que lo deforme está cerca de lo gracioso, que lo grotesco es el reverso de lo sublime, que el mal se confunde con el bien y la sombra con la luz. La musa moderna preguntará si la razón limitada y relativa del artista debe sobreponerse á la razón infinita y absoluta del creador; si el hombre debe rectificar á Dios; si la naturaleza mutilada será por eso más bella; si el arte tiene el derecho de quitar el forro, si esta expresión se nos permite, al hombre, á la vida y á la creación; si el ser andará mejor quitándole algún músculo ó el resorte; en una palabra, si ser incompletos es la manera de ser armoniosos. Entonces fué cuando, fijándose en los acontecimientos, á la vez risibles y formidables, y por la influencia del espíritu de melancolía cristiana y de crítica filosófica que acabamos de notar, la poesía dió un gran paso, un paso decisivo, un paso que, semejante á la sacudida que produce un terremoto, cambiará la faz del mundo intelectual. Obrará como la naturaleza, mezclará en sus